

— Está bien — dijo Malicornio luego que acabó de contar las monedas de oro que metió en el bolsillo. — Sesenta, sesenta y cinco : mil trescientos francos justos, ¿ Y no traéis más que esto, mocita ?

— ¿ Pero vos no debéis mas que mil trescientos francos ? — dijo Luisa asombrada dirigiéndose á su padre.

— Si — repuso Morel.

— ¡ Vamos á esto ! — dijo el alguacil, la obligación es de mil trescientos francos... está bien ; esto paga la deuda... ¿ pero, y las costas ?... sin la diligencia de arresto hay ya hasta mil ciento y cuarenta francos.

— ¡ Dios mío ? ¿ cómo puede ser eso ! — exclamó Luisa. — Yo creía que no eran más que mil y trescientos francos... Entonces, señor., ya pagaremos el resto... porque al fin hemos dado mucho dinero... ¿ no es verdad, padre ?

— Enhorabuena, no hay inconveniente... Entonces llevad el dinero al alcaide y se pondrá en libertad á vuestro papá. ¡ Vamos á la cárcel !

— ¡ Conque le lleváis !

— Y más que de paso... Que pague lo que debe y quedará libre... ¡ Vamos, Bordón, despachemos !

— ¡ Oh ! piedad... ¡ tened compasión ! — exclamó Luisa.

— ¡ No lo digo yo ! ya vuelve á empezar la gresca... ¡ vamos, esto es capaz de hacer sudar á un difunto ! — dijo brutalmente el corchete ; dirigiéndose luego á Morel continuó : — Si no tomáis el camino sobre la marcha, os agarro por el pescuezo y os hago marchar á escape. ¡ Vaya una comisión divertida !

— ¡ Ay, padre de mi alma ! ¡ Dios mío ! ¡ y creí que se libraría de ir á la cárcel ! — exclamó Luisa con voz desfallecida.

— ¡ No, no ! ¡ no hay justicia en el cielo ! — gritó el lapidario dando con desesperación una patada en el suelo.

— Sosegaos, buen hombre : hay una Providencia para los que viven con honra — dijo una voz firme y vibrante.

Y a mismo instante salió Rodolfo por la puerta del zaquizami, desde donde había presenciado sin ser visto varias de las escenas que acabamos de referir. Estaba pálido y profundamente conmovido. Al ver tan súbita aparición retrocedieron los alguaciles, y Morel y su hija miraron al desconocido con estúpido. Sacó Rodolfo del bolsillo del chaleco algunos billetes de banco, escogió tres de ellos y los presentó á Malicornio diciéndole :

— Ahí estan dos mil quinientos francos : volved á esa niña el oro que os ha dado.

El alguacil, cada vez más asombrado, tomo con recelo los billetes, los miró y examinó en todos sentidos, les dió diferentes vueltas, y por último los metió en la faltriquera. Mas volviendo á recobrar su acostumbrada osadía á medida

que se iba disipando su espanto, miro á Rodolfo de pies á cabeza, y le dijo :

— Y son buenos los billetes... ¿ como os habéis hecho con esta suma ? ¿ Estáis seguro de que es vuestra ?

Rodolfo estaba modestamente vestido y cubierto del polvo que había cogido en el zaquizami de Mr. Pipelet.

— Ya te dije que volviesses el oro á esa niña — respondió Rodolfo con voz breve y severa.

— ¡ Ya te dije !... ¿ y en que taberna almorzamos juntos para tanta llaneza ?... — gritó el corchete adelantándose hacia Rodolfo con ademán amenazador.

— ¡ El oro !... ¡ te digo que vuelvas el oro ! — dijo el principe apretando con tal violencia la muñeca de Malicornio, que éste no pudo menos de ceder al agudo dador, y gritó :

— ¡ Oh ! ¡ pero no me lastiméis !... ¡ soltadme el brazo !

— ¡ Pues vuelve el oro !... ¡ Bribón ! estás pagado, márchate... y cuidado con insolentarte porque te haré rodar la escalera.

— Ahí tenéis el oro — dijo Malicornio alargando el dinero á Luisa — pero no me tuteéis ni me maltratéis... porque seáis más fuerte que yo.

— Tiene razón... ¿ y quién sois para gastar tanta fachenda ? — dijo Bordón poniéndose á la sombra de su compañero — ¿ quién sois para tener tantos humos ?

— ¿ Quién es ?... es mi inquilino... ¡ el rey de los inquilinos ! ¡ pícaros, mal criados, botarates ! — gritó madama Pipelet, que al fin se dejó ver encendida como un tomate, hinchada de cólera y con su eterna peluca rubia á lo Tito Livio. Traía en la mano una cazuela de barro llena de sopa caliente para la familia de Morel.

— ¿ Qué diablos quiere esa comadreja ? — dijo Bordón.

— Si ultrajais mi físico, me echo á vosotros con dientes y uñas — gritó madama Pipelet — y para que llevéis que contar, mi inquilino, mi rey de los inquilinos os hará rodar las escaleras una á una, como os lo ha ofrecido ya... y con la escoba os barreré, mala canalla, como si fuerais basura.

— Esa bruja es capaz de levantar contra nosotros toda la vecindad. Ya que estamos pagados, vámonos de aquí antes que arree el chubasco — dijo Bordón á Malicornio.

— Ahí tenéis los autos — dijo éste arrojando á los pies de Morel un legajo de papeles.

— ¡ Coge los papeles !... ¡ te han pagado, no seas insolente ! — dijo Rodolfo deteniendo al corchete con mano vigorosa, y señalando con la otra á los papeles.

Conociendo por esta nueva insinuación que nada bueno sacaría haciendo resistencia, inclinóse murmurando el alguacil, cogió del suelo el legajo y lo entregó á Morel, que tendió la mano maquinalmente.

Creía estar soñando.

— ¡Guardaos de caer en mis manos, porque no os han de valer vuestros puños de cargador! — dijo Malicornio.



Arrojó desde lo alto de la escalera la cazuela

Y después de haber enseñado á Rodolfo el puño cerrado, saltó de un solo bote diez pasos de la escalera, seguido de su compañero, que á cada instante volvía la cara atrás todo asustado.

Madama Pipelet se dispuso á vengar á Rodolfo de las amenazas del alguacil; y clavando los ojos en la cazuela con un aire inspirado, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— Morel pagó sus deudas... ahora su familia tendrá que comer, y no necesitará de mi pitanza... ¡agua va!

É inclinándose sobre el pasamano de la escalera, arrojó la cazuela á la espalda de los corchetes, que llegaban en aquel momento al primer piso.

— ¡Fuera de aquí! — añadió la portera: — los puse como una sopa... como dos sopas... ¡je! ¡je! ¡je! ¡vaya un par de pícaros!

— ¡Mil millones de rayos! — exclamó Malicornio inundado de sopa.

— ¡Alfredo! — repuso madama Pipelet desgañitándose, con una voz aguda capaz de romper el tímpano de un sordo... — ¡Alfredo! ¡prenda mía! ¡mátalos, mata á esos beduinos, que faltaron al respeto á tu Pomona! ¡Indecentes!... ¡mal encarados!... dales, dales de firme con el palo de la escoba. Llama á la ostrera y al tío Pepe para que te ayuden... ¡Atrápalos!... ¡cógelos!... ¡fuego! ¡fuego!... ¡Vecinos! ¡vecinos!... ladrones!... ¡Firme, dales, para que no vuelvan á tratar con irreverencia á tu Pomona!

Y para terminar dignamente esta onomatopeya, que había acompañado con brincos y contorsiones furiosas, madama Pipelet, exaltada por la embriaguez de la victoria, arrojó desde lo alto de la escalera la cazuela de barro, que rompiéndose con un ruido espantoso en el momento en que los corchetes bajaban los últimos pasos de *cuatro en cuatro* escalones, aumentó prodigiosamente su espanto.

— ¡Largo de aquí, pillos, bribones! — gritó Pomona riendo á carcajadas y cruzando los brazos con aire triunfante...

Mientras que madama Pipelet corría de este modo á los alguaciles, Morel se echó á los pies de Rodolfo.

— ¡Ah! señor, ¡nos habéis salvado la vida!... ¿Á quién debemos estos socorros...

— Á Dios; que no se olvida de los hombres honrados...